

ya quería que el mundo fuera otro.
Y se golpeaba una mano contra la otra
y pateaba con fuerza la vereda
y hacía chocar su delicado cuerpo
contra los trenes en movimiento.
Cuando encontraba a una mujer, se arrodillaba
y no era que quería rezar o lo supiera hacer,
era para pedir perdón
que inclinaba su ser frente a la virgen.

Nunca pudo amarla, sólo la temía.

Ella en mí se encontraba y desaparecía
mas cuando asentaba su poder sobre mí,
estaba todo el tiempo pero invisible
y no era que el sexo se podía o no se podía
o que la libertad se permitiese o no se permitiese.
Sexo, locura y libertad, tienen en común
que cuando se dejan caer sobre los hombres,
cuando consiguen invadir sus células,
cuando penetran por su respiración,
cuando contaminan todos sus decires,
lo hacen con tal fuerza,
con tal soberbia ganadora,
que el hombre, el hombre poderoso,
el de las armas hasta el corazón,
cual leve mariposa, es capaz de morir,
libre, enamorado, totalmente loco.
Y la mujer que todo aprende, aunque no diga nada,
y que no quiere morir aunque se muera,
decide vivir libre, enamorada y loca
aunque nadie se lo permita o quiera.

La niña que se pasa todo el día
creando nuevas realidades con sus fantasías.
Tierno niño que espera con fervor,
algún día, quedar embarazado.
Mujeres que después hasta la muerte
se pasan todo el tiempo
lamentándose,
no haber tenido un hijo.
Hombres que se dan cuenta,
tal vez, un poco tarde,
que para poder tener un hijo
tienen que amar, primero, a una mujer.

Ella quiere y no quiere todo el tiempo.
Él quiere siempre o no quiere nunca.
Es imposible tomar una foto a los dos juntos
y, sin embargo, se casan, viven juntos,
tienen algunos hijos, se enferman y se mueren,
los dos el mismo día, casi a la misma hora,
pero nadie puede decir que se hayan conocido.
En mí vive un trabajador asalariado,
una mujer obrera, un niño abandonado
y la embarazada suicida que se mató
porque no pudo aceptar, de ninguna manera,
haberse dejado penetrar por líquidos extraños.

El hombre aquél que no se quiso arrodillar,
que caminaba tieso para no doblegarse,
sincero como nadie, verdadero siempre,
murió a mediana edad paralizado y solo.



Y el dictador soberbio y despiadado
que me obliga todo el tiempo a matar,
enajenar, despedazar o pervertir,
todo lo que no piensa como piensa él.
Y después en el mundo sólo viven sus sueños.
Esos días, cuando el tirano me doblega,
no existe la belleza, ni el rubí, ni la flor,
ni el amor, ni el odio, ni siquiera el poema.
Todo el goce, todo el placer que existe,
nadie puede gozarlo sino el tirano.
Y para mí, sólo queda soñar,
soñar, intensamente, que algún día,
cuando el tirano muera,
podré vivir en libertad, conocer el amor
pero ya será tarde:
si espero para sentirme libre
que el tirano muera,
al morir el tirano me daré cuenta
que el tirano soy yo.

Tengo, también, conmigo, la pordiosera joven
que no quiere, por nada del mundo, trabajar
y el médico comprensivo que vive, intensamente,
todas las enfermedades, aun las que no existen,
y una bujía loca que se enciende y se apaga,
sin tener en cuenta las estaciones
ni mis estados de ánimo, ni las guerras.
A veces, cuando intento amar en las penumbras
la bujía se enciende iluminando todo con locura.
Lo que quería ser secreto, se hace público y,
tampoco, nadie le encuentra explicación.

Y, a veces, soy la mujer sembradora
de todas mis desgracias, de todos mis fracasos.
Quiero que alguien me ame pero no quiero amar,
quiero vivir como una reina pero no tengo rey
y cuando me empobrezco por haber creído
tener lo que no había y no tenía nadie,
quiero que el mundo todo, sostenga mi locura
que es, precisamente, vivir sola en el mundo
y cuando mi amado venga a preguntarme
qué hice con nuestro amor grandioso
yo le diré: no me di cuenta,
no me di cuenta que lo nuestro era amor,
no me di cuenta que las plantas se riegan,
no me di cuenta que un bebé necesita
el calor de una piel y ser amamentado.
No me di cuenta que el amor no existe
a menos que lo hagamos.
No me di cuenta, y esto lo más terrible,
que nuestra poesía era poesía.

Y tuve envidia de todo lo que crecía
y hubo días terribles, desconcertantes,
donde llegué a envidiar el crecimiento
de tus blancos cabellos, de tus uñas.
Y, después, tu ropa, tu elegancia al hablar
la manera en que otras mujeres te saludaban,
el modo libertario de utilizar el dinero
que ganabas en tus horas de trabajo.
Todo me parecía indigno para mí,
cuando me dabas algo de dinero
que, por otra parte, nunca fue tanto
lo tiraba y ese día me quedaba sin comer
pero mis manos seguían limpias.
Y cuando gozaba sexualmente en tu presencia,
me mutilaba, entorpecía mi cerebro,
en lugar de gozar me ponía celosa y deliraba.
Te perseguía, me salían granitos en el culo
para avergonzarte de lo que habías hecho.
Cualquier detalle sin importancia en la cocina
o en el baño o sobre la mesita de la noche
o una fotografía antigua donde sonreías,
lo utilizaba para hostigarte con mis delirios
y, a decir verdad, me gustaba, me hacía gozar
verte enfurecido con mis cosas
y a pesar que siempre tuve miedo
que un día me mataras
yo gozaba con eso, hacerte enfurecer.
Una alegría honda, nunca vista,
invadía mi ser cuando mis palabras
rompían el pedestal que te sostenía
y tú, caías, humanamente hablando,
en mi boca
y eso era para mí todo el amor.

Hombres de mí, mujeres de mí
niños y ancianos de mí
vida y muerte de mí,
os convoco al poema.
Y el poema es, también, el aire que corre.
La vida plena, nunca es el poema
pero la corteza dura de un recuerdo
que se rompe al hablar y se disuelve

es poesía
si la dejo fluir como una ausencia,
como una voz sonora que nunca fue.
Y el amanecer es poesía cuando el sol
surge desde los senos ardientes de mi amada
y hasta los senos de la amada nocturna son poesía
cuando su desnudez entrelaza lo humano y lo divino.
Sexo de fuego que se fue haciendo agua,
agua molida a palos que se fue haciendo amor.
Además la poesía tiene el don
de combinar, alegremente, lo bello con lo feo,
lo muerto con lo vivo, el dolor con la risa,
el corazón ardiente de una noche de fiesta
con la serpiente alada que no puede morir.
La poesía es capaz de combinar el astro sol
con la soberbia de un candil apagado
y cuando todo oscurece el mundo dice muerte
pero la inaudita poesía puede combinar
oscuridad con nacimiento,
noche cerrada con comienzo del baile
y negro, negrísimo, requetenegro
con rojo carmesí, sexo y locura
y si alguien nos llegara a decir
que hay algo más negro que lo negro,
yo le diré mi amor, mi poesía,
la muerte de lo negro no es la muerte,
es una época sin luz, es Goya.



Hay en mí un pintor que no le teme a nada
ni a hombres ni a mujeres ni a color alguno
ni a trazos, ni a distancias, ni a figuras lejanas
ni al rutilante negro de la muerte.
Mi verdadera revolución acontece en el lienzo,
cuando un color que no se debe se mezcla,
con belleza, con un color que no se puede.

Y hay tardes brutales donde soy
el pobre hombre que cuenta su dinero
y se acerca mi mujer, me besa dulcemente
y yo le digo, 500, 500, 500,
ella se separa de mí, bruscamente,
y me dice eres siempre el mismo,
yo le digo 500, 500, 500,
y le pego con las dos manos al mismo tiempo
hasta hacerla sangrar.
Ella me escupe su sangre a los ojos
y me enceguece y me grita
cornudo, cornudo, cornudo
y yo, mientras intento matarla,
le digo 500, 500, 500.
Después el hombre de los negocios importantes,
de los triunfos que nunca se realizan.
A veces su afán de sobresalir es tan exagerado
que de tanto no hacer ningún negocio
y no triunfar en nada se mata
o se pervierte y así, se hace notar.
Y al mirarse al espejo
y sin salir, nunca más, de su celda,
se siente un hombre de negocios,
un triunfador.

Y vivieron dentro de mí, hombres cobardes
mujeres timoratas, ancianos vencidos,
niños sin crecer, jóvenes destruidos.
Hombres donde la cobardía llegaba hasta el ridículo,
se transformaban en carceleros de su propia agonía,
tenían miedo de empobrecerse y se empobrecían,
tenían miedo de ser abandonados y eran abandonados
y tenían miedo de caminar, de correr, de volar,
hasta de escribir y de morir tenían miedo
y siempre tuvieron razón en todo: